

FRAGMENTOS PERTENECIENTES LOS *SCRITTI VARI**
DE CARLO MICHELSTAEDTER

EXTRACTS FROM THE COMPLETE WORKS OF CARLO MICHELSTAEDTER

Gabriel Adelio Saia (trans.)
Universidad Nacional de San Martín, Argentina

* Michelstaedter, Carlo. “La via della salute e la voce della *philopsykhía*” e “Pessimista è l'imperfetto pessimista”. *Scritti vari* in *Opere*. A cura di Gaetano Chiavacci. Firenze: Sansoni, 1957. 700-703; 705-706.

36. El camino de la salud y la voz de la *philopsykhía*

Cada nueva filosofía es como una revolución que, en nombre de la justicia, depone un poder injusto, para así terminar instaurando otro poder no menos injusto. Cada poder es, en cuanto tal, “artificio” (*fattiçio*) y, por esto mismo, impotente e injusto. Cada valor que se entiende como valor absoluto es arbitrario, y todo aquel que se apoye sobre ese valor, al confiarle su propio peso, permanece siempre inválido. Pero cada quien debe hacer por sí mismo su propia revolución, debe recrearse a sí mismo si quiere llegar a la vida. Lo único que vale es “el valor individual”. Esto aplica para todo aquello que vive, esto es el sueño de cada conciencia, cada uno debe tener el coraje de devenir “realidad”.

Los primeros Cristianos hacían el signo del pez y se creían a salvo. Si hubieran hecho más peces, se hubiesen salvado de verdad, ya que en esto habrían reconocido que Cristo se salvó a sí mismo, porque de su vida mortal fue capaz de crear a “dios”: el “individuo”. Nadie puede ser salvado si no sigue su propio camino. Y seguir no es “imitar”: ponerse con cualquier valor propio en las formas y apariencias del camino de la salud, en nombre de la esperanza de un reino de los cielos que cada uno modela a su imagen.

El camino de la salud no es un viaje en *omnibus*, no hay señales, no hay indicaciones que puedan ser comunicadas, estudiadas, repetidas. No obstante, cada quien tiene en sí la necesidad de encontrar estas señales, teniendo al propio dolor como indicador. Cada uno debe, nuevamente, abrirse el camino, y, entonces, se encontrará en la misma senda luminosa que ha sido transitada por unos pocos elegidos. El camino de la salud solo se ve con los ojos sanos y el reino de los cielos debe hallarse en la actualidad del valor de cada quien.

Cada persona debe recrearse en la actividad con su propio espíritu, y así crear el valor individual, para llegar a la razón de sí mismo, a la vida. Esto es, para llevar la actualidad al acto; para ser persuadido (*persuasio*), ya que no se puede esperar ayuda de nadie, de nada, a no ser del propio ánimo, pues cada quien está solo en el desierto.

Y por espíritu no comprendo espíritu santo, algo que cualquier hombre crea que le puede venir de regalo. No es el espíritu el que se supone dominante o inherente a cualquier vida. La actividad no es cualquier trabajo. El valor individual no está en cualquier persona que se considere individuo. La razón no es el raciocinio sobre cualquier arbitrariedad de conceptos. Por “yo solo” no entiendo cualquier ilusión de individualidad: misticismo, espiritualismo, pragmatismo, individualismo, racionalismo, solipsismo; en nombre de la absoluta verdad, cada sistema y escuela representa la *philopsykhía*¹, que alienta al hombre para que éste continúe con cualquier vida, que pone un ungüento sobre el dolor tan solo para calmarlo, para eliminar su sensibilidad, y que, por otra parte, le da a cualquier vida un color divino o filosófico. Por el bien de su vida y cuidando de su futuro, un hombre se adapta a cualquier tipo de trabajo que sirva para ganarse el pan y dice: “Dios me dio esto, Él sabe lo que hace, Él no abandona a sus corderos, yo estoy en la vía del Señor” o “Hacer, es necesario hacer, de esto va la vida; el que no trabaja, no come” o “El espíritu está en todas las cosas, debajo de esta aparente actividad que estoy realizando, ahí está el espíritu, mis manos trabajan y están en el tiempo pero mi espíritu se comunica con aquello que está fuera de todo tiempo y todo espacio”, etcétera.

Es el dios de la *philopsykhía*, del apego a la vida, que se hace *publicidad* (*réclame*), como los comerciantes modernos, concediendo la “persona absoluta”, ofreciendo todas las mejores calidades

1 N. del T.: el “apego a la vida”.

para quienes compren su mercancía.

Él da el nombre de “deber” y “de verdad” a cualquier debilidad: es un deber que se tiene con la familia aquel de cuidar el nombre, las necesidades, la herencia, la posición, las relaciones, el oficio, preservar las ideas, los hábitos consagrados, revivir el envejecido sudor de los polvorosos trapos —porque es más cómodo enarbolar el camino ya preparado y no apartarse jamás de la tribu.

Es un deber con la patria gritar “¡Qué viva!” cuando otros gritan “¡Qué viva!”; “¡Abajo!”, cuando todos gritan “¡Abajo!”. Es un deber hablar de las glorias del pasado como si de glorias presentes se tratara, celebrar la nobleza de la sangre y de la nación —porque es más cómodo ser patriota a bajo costo, y poder meterse en una de las casillas pagas y respetadas.

Grito para que me paguen más —no soy un hombre hambriento, soy “el pueblo”, “el Sol del porvenir”, etc.

Grito para no pagar de más —no soy un hombre que tiembla por su dinero, soy las “instituciones consagradas”, un “pilar de la sociedad”.

Voy a la iglesia para poner unguento sobre mis remordimientos —no soy vil, ni un hipócrita, soy un “hombre santo”.

Esparzo mi aburrimiento por todos los rincones, por los cafés, los teatros, bailes —no soy un ocioso que se aburre, soy “un joven melancólico”, “un pesimista”.

Escribo todas las bestialidades que el vino y los vicios me sugieren —no soy un estúpido impotente, soy un artista original, o, más bien, soy un “futurista”.

Corrompo a los demás y me corrompo a mí mismo en las degeneraciones del placer —no soy un puerco pervertido, soy un “refinado”, incluso un “dannunziano”, soy el artista, el creador de mi propio placer.

Me encargo de ocupar cargos por mi ambición, de presidir sociedades sin siquiera saber bien qué es lo que éstas hacen —no soy un irresponsable, soy un hombre político.

38. Pesimista es el pesimista imperfecto

La vida es voluntad de vida, la voluntad es deficiencia, la deficiencia es dolor, cada vida es dolor.

Pero cada viviente cree estar vivo y tener vida, y el dolor *es* para cada cosa silencioso y continuo, de modo tal que no lo llaman dolor —pero el dolor llama a las manifestaciones de la no existencia de su creída posesión, la pérdida de aquello que se creía poseer. Así, también su dolor es dicho según su propia ilusión: a esta le duele no poder seguir sufriendo así como sufría a causa de esa cosa, tanto es así que llama disfrutar (*godere*) a aquello que en realidad es sufrir. Se lamenta por la pérdida de la cosa, no por su capacidad de perderse: la irrealidad de lo poseído. Y para vivir se vuelca hacia nuevas cosas, que se asemejan a lo perdido en su fugacidad, y en esa aparente posesión aún alimenta, melancólicamente, el sufrir.

Pero aquel que realmente quiere la vida se rehusa a vivir la vida de los demás, de acuerdo a las cosas que realizan la vana alegría y el vano dolor de los otros —y no contento con ninguna posesión ilusoria, busca la verdadera posesión, de modo tal que en él toma forma y se revela el silencioso y oscuro dolor de todas las cosas. Su vida es el rechazo y la lucha contra todas las tentaciones de las satisfacciones ilusorias, y al no dispersarse en el acto de las continuas correlaciones (posesiones

ilusorias) se afirma, se configura y se crea a partir de sí misma: *esta es el arte*.

El arte es, por lo tanto, el dolor más fuerte y la vida más fuerte y el gozo más fuerte en la afirmación de sí misma.

Pero aquellos artistas que no saben cargar con todo el peso del dolor y aprovecharlo para el gozo y la vida, aquellos que no hacen sino exigir recompensas y alegría de las cosas de la vida —esos son los impúdicos, los hombres que salen al camino sin ninguna ropa encima. —Es en ellos donde se da la desilusión, y el dolor no cobra vida ni forma por sí mismo, diciéndole a todo mundo la feliz palabra de la “salud”; pero a causa de su debilitamiento, a causa de su búsqueda de alivio y recompensa en las cosas de la vida, a cada tramo se ofusca y se renueva respecto de todas las cosas. Nos entregan la imagen de su tormento, la materialidad de los dolores, de las desilusiones —no la vida de éstas—, la voz de la salud y de la verdad. Pero porque los hombres no entienden más que aquello que a su materialidad se les presenta materialmente: estos artistas imperfectos, imperfectas almas dolientes, imperfectos pesimistas, son comúnmente llamados los poetas del dolor: los “pesimistas”.

De hecho, los hombres no llaman dolor a aquel dolor continuo que es la vida —a esta la llaman gozo—, sino que llaman de ese modo tan solo a los dolores particulares. El dolor continuo sólo le es revelado a aquellos que no se adaptan a tenerlo continuamente, mientras éstos se continúan engañando a sí mismos con otras cosas, busca llevar a la persona del dolor al acto: en aras de la actividad verdadera que lleva hacia la salud, hacia la inercia —*di' energeías es argían*: de la actividad a la paz.

Los verdaderos pesimistas son *energoí* (activos) en el dolor, y por esto mismo es que están sanos: *id est* van a la salud. Los otros son inertes en el dolor, quieren descansar, por ello están enfermos: van a la “locura” (*pazzia*). Ellos lisonjean a la vida y se educan en sus dolorcitos, muestran a las personas sus heridas, las van ofreciendo a la vista de los demás sin otro fin que su propia “vanidad”. Cada tanto voltean para ver sus perfiles en la sombra, son “presos del vértigo”. Verdadero pesimista: Cristo, Esquilo, Ibsen, Beethoven, Petrarca, Parménides.

Imperfecto pesimista: Lenau, Schumann, Amiel, etc.